

**Maffi, Carlos**

*Ciencia y subjetividad*

Revista de Psicología Vol. 8 N° 15, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Maffi, C. (2012). Ciencia y subjetividad [en línea], *Revista de Psicología*, 8(15). Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/ciencia-subjetividad-carlos-maffi.pdf> [Fecha de consulta:.....]

## Ciencia y subjetividad

### *Science and subjectivity*

Carlos Maffi\*

#### Resumen

El artículo aborda el problema de la cientificidad de la psicología en su relación con la subjetividad. Al mismo que tiempo que todo conocimiento se funda en la depuración de lo subjetivo, la psicología tiene a la subjetividad como uno de sus objetos. El autor explora esta situación paradójica, particular de la ciencia psicológica, desde el punto de vista del psicoanálisis y del cognitivism, haciendo un balance de sus historias y fundamentos respectivos.

Palabras clave: ciencia, subjetividad, psicoanálisis, cognitivismo, epistemología

#### Abstract

This paper addresses the problem of the scientific nature of psychology in its relation to subjectivity. At the same time that all knowledge is based on the purification of the subjectivity, the psychology has this one as one of their objects. The author explores this paradox, from the point of view of psychoanalysis and cognitivism, taking stock of their respective histories and foundations.

Keywords: science, subjectivity, psychoanalysis, cognitivism, epistemology

---

\* Doctor en Psicoanálisis de la Université de Paris VII. Miembro de la International Psychoanalytical Association y de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APDBA), Argentina. Profesor a cargo del seminario de doctorado "Epistemología del psicoanálisis" Pontificia Universidad Católica Argentina.

### *Hegemonía del psicoanálisis*

Durante casi cien años, el psicoanálisis freudiano gozó de una supremacía sin igual. No hubo en occidente ninguna psicoterapia, tratamiento o abordaje de lo psíquico que tuviera más hegemonía que el inventado por Sigmund Freud. No hay duda de que el siglo XX fue el siglo del psicoanálisis. Varios aspectos de esta teoría produjeron los valores del siglo que acaba de terminar o se identificaron con ellos. Psicólogos, psiquiatras, médicos en general pero también personajes públicos, artistas y filósofos se ocuparon de la invención freudiana sin contar con un enemigo que dé la talla como para producir una verdadera disputa.

No es que no se hubieran producido objeciones. Haberlas las hubo y desde el principio mismo del psicoanálisis. Pero estas, desde las más arbitrarias hasta las más serias, siempre fueron individuales y no dieron lugar, sino hasta hace muy poco tiempo, a una respuesta concertada que provenga de un verdadero movimiento de oposición. Por ejemplo las impugnaciones epistemológicas de Wittgenstein, Popper o Bunge, no tuvieron más repercusión que la que tienen las peleas académicas: corrillos universitarios para especialistas pero con muy poca repercusión social. En la calle, el psicoanálisis nunca tuvo un verdadero contrincante.

Pero la situación ha cambiado considerablemente. Desde hace más de veinte

años los ataques, las críticas y las objeciones se multiplican por doquier. Se le reprocha su falta de cientificidad, la incertidumbre en cuanto a sus resultados, su pesado costo financiero, su falta de transparencia institucional, el halo de arbitrariedad y de parcialidad que rodea a su formación. Lo que en los años '40, '50 o '60 era tabú, ahora se exhibe a plena luz del día. El psicoanálisis no es la panacea que creíamos.

### *The Freud wars*

Lo que cambió profundamente ese panorama vino de un grupo de historiadores, filósofos de la ciencia y comentaristas que, desde los EEUU, comenzaron a ocuparse de la historia del psicoanálisis que había sido, hasta ese momento, patrimonio exclusivo de los psicoanalistas mismos. Si el espíritu original de esta cruzada contra la "leyenda dorada" del freudismo pudo haber tenido el acierto de querer posar una mirada externa sobre lo que hasta ese momento no había pasado por ningún filtro ajeno a la disciplina misma, el proyecto degeneró pronto en la consagración del polo opuesto: a la destrucción de la leyenda dorada le siguió la producción del "Libro negro".

Algunos con más seriedad que otros, Adolf Grünbaum, Paul Roazen, Frank Sulloway, Mikkel Borch-Jacobsen, Peter Swales etc. empezaron a plantear dudas sobre la figura de Freud, sobre la eficacia terapéutica, sobre la veracidad de sus

relatos clínicos y, en fin, sobre la verosimilitud de sus teorías.

Fue este último punto el que sirvió como atizador del fuego de la disputa: los “Freud destroyers” se regocijaron en castigar al subjetivismo freudiano con el rigor académico exhibido por los psicólogos cognitivistas.

Lo que hubiera debido limitarse a una sobria discusión sobre puntos de vista diferentes, se convirtió rápidamente en lo que en Estados Unidos se conoce con el nombre de “The Freud Wars”: Una interminable sucesión de querellas, escándalos, insultos y ataques varios que culminó en 1994 con el famoso episodio de la suspensión de una muestra sobre Freud en la Biblioteca del congreso de Washington a causa de las acusaciones cruzadas de parcialidad y favoritismos hacia los que habían sido elegidos como panelistas. En 2010 se publicó en Francia el libro de Michel Onfray *El ocaso de un ídolo*, que pretende ser una biografía crítica de Freud y que, en resumidas cuentas, afirma que el padre del psicoanálisis no fue más que un estafador narcisista cuyo único objetivo fue obtener dinero y poder protegido por la secta de secuaces que fueron sus discípulos y que consiguió su popularidad a fuerza de mentiras, maniobras políticas y falta de escrúpulos. Estos dos episodios emblemáticos separados por diez y seis años de distancia enmarcan una batalla que aún no ha terminado.

Con el correr de los años se ha ido instalando un debate a nivel planetario

que fue construyendo poco a poco un enemigo capaz de ofrecer un modelo alternativo para la larga lista de reproches que se le hacían a Freud. Finalmente el adversario tuvo un rostro: el cognitivismo. Intachable científicamente hablando, con efectos terapéuticos objetivables y mesurables, cuya limitada duración lo hace además barato en comparación con el diván, y cuya raigambre universitaria le da la transparencia necesaria para apaciguar las desconfianzas de la opinión pública y del estado frente a las opacas organizaciones psicoanalíticas privadas. Con el cognitivismo el psicoanálisis encuentra, por primera vez en su siglo de vida, un contrincante de talla al que le será imposible ignorar en el futuro.

### *El problema de la Cientificidad*

Como las guerras siempre deben declararse en nombre de alguna cosa, esta vez se la empezó bajo la bandera de la cientificidad. Y esa cientificidad no era cualquiera. Era aquella que se había constituido a lo largo de treinta años en lo que se dio a conocer con el nombre de positivismo *lógico* desarrollado, testeado y firmado por el *Círculo de Viena*. No voy a entrar en los detalles de la constitución de esta posición epistemológica porque es de todos conocida. Sus dos máximos representantes son sin duda Nagel y Popper y nada se podía haber hecho sin Bertrand Russell y Wittgenstein.

La preocupación central de ambos no era simplemente definir lo que era la ciencia, el método científico, sino definirlo por oposición a algo que no lo fuera. Se le llamó *criterio de demarcación* a ese procedimiento mediante el cual se podía distinguir entre lo que era científico y lo que era pura metafísica. He escuchado colegas bromear diciendo que los positivistas lógicos ponían a la metafísica en el mismo lugar que los europeos más nacionalistas ponen al África: fuera de lo que se considera mínimamente civilizado.

Como quiera que sea, en un momento en que el cientismo del siglo XIX abandonaba a las ciencias duras, en un momento en que el determinismo clásico era fuertemente golpeado por la física cuántica y en que el teorema de Goedel dejaba huérfanas a las matemáticas, las ciencias humanas le abren las puertas de par en par y se atiborran con él.

Aunque quizá ahora parezca mentira, el psicoanálisis de mediados del siglo pasado no era de ninguna manera ajeno a este proyecto científicista nunca concretado. Pero el cognitivismo no tuvo ese proyecto como un sueño lejano sino que lo encarnó, fue incluso parido por él, para decirlo de una manera fuerte.

Lo interesante del debate entre las dos disciplinas, es que pone sobre el tapete viejas cuestiones epistemológicas que una posición hegemónica de uno u otro lado hubiera seguramente velado.

Khun (1962) sostenía que lo que precedía a lo que él llamaba el estado de

*ciencia normal*, ese estado apacible en el que una ciencia está completamente dominada por un paradigma único basado en el consenso general, lo que lo precedía, era una sucesión de puntos de vista dispares que, por manejar lenguajes disímiles, no podían entenderse superestructuralmente. Una suerte de anarquía del conocimiento sin ningún poder central que lo regule. En ese período anterior a la madurez, la única manera que tienen las múltiples corrientes de pensamiento de una disciplina joven para comunicarse entre ellas es volver a las fuentes, único punto que quizá tuvieran aún en común.

Esto es exactamente lo que ocurre con la psicología aún hoy y es esa la razón por la cual los debates vuelven otra vez con fuerza sobre lo fundante, sobre las interrogaciones básicas, sobre aquello que sirvió de base a la construcción de la ciencia. Constantemente estamos volviendo a los orígenes y a la construcción del objeto de cada aproximación teórica. El pensamiento epistemológico funciona a plena potencia replanteando constantemente la misma pregunta: ¿Qué constituye lo propio del ser humano? La científicidad en psicología pasa necesariamente por encontrarle una buena respuesta.

### *Ciencia y subjetividad*

Porque no hay que olvidar que alcanzar la meta de la imparcialidad científica

no es el único deseo de las disciplinas psicológicas. El otro, el que no atañe a su método sino a su finalidad, es poder ofrecer una imagen más o menos real de la compleja subjetividad humana. Se trata pues de obtener *un saber objetivo sobre la subjetividad*, un saber único y consensuado sobre las infinitas imágenes del Aleph que se reflejan en las personalidades humanas.

De modo que, en primer lugar, la metodología y el objeto no se encuentran alineados entre sí sino más bien en las antípodas: la ciencia es la búsqueda de la objetividad mientras que el objeto que se persigue es lo subjetivo.

En segundo lugar, de todas las disciplinas científicas, la psicología es aquella en donde se mezcla más profundamente el sujeto que investiga con el objeto investigado. Cuando un entomólogo hace una clasificación de los insectos, está claro que él mismo no es un insecto, cuando un físico estudia las partículas, las fuerzas o la gravedad, el mismo físico no es ninguna de estas tres cosas. Incluso cuando un biólogo estudia la vida molecular o cuando un médico estudia el funcionamiento de un órgano, ni el médico ni el biólogo son un órgano, una molécula, una reacción química o un hueso fracturado.

Pero cuando el psicólogo habla de su objeto, cuando predica cosas de él, de la mente que estudia en sus experimentos o en su consultorio, las está afirmando también sobre sí mismo porque también él es una mente que estudia y

produce teorías. Así, a diferencia de lo que ocurre en otros dominios, el psicólogo es siempre juez y parte. La psicología es la única ciencia marcada por esta situación tan particular, tan paradójal. El psicólogo se encuentra siempre ante el mismo escollo: debe dejar de lado su propia subjetividad para ser objetivo y al mismo tiempo tiene que conservarla para respetar las verdaderas características de su objeto.

En otras palabras, toda ciencia psicológica se enfrenta a dos graves obstáculos: a) busca entender la subjetividad mediante métodos que pretenden desembarazarse de ella y b) el objeto investigado se confunde con el investigador mismo, lo observado y el observador son en esencia la misma cosa.

Estos dos ejes son como el carnet de identidad de la psicología científica, aquello que define sus prácticas y su historia como una oscilación permanente entre los dos polos, a veces repudiando uno a veces el otro, pero siempre situada en algún lugar intermedio sin poder alcanzar nunca completamente ninguno de los dos. Quizá sea este nudo teórico, este verdadero obstáculo epistemológico, lo que hace que nuestra disciplina sea tan particular, compleja e interesante al mismo tiempo: ninguna otra ciencia sufre de tan particular imbricación.

Esta es la razón, también, de que la psicología las pasiones teóricas se manifiesten con una virulencia rara. ¿Qué nos puede importar realmente que los coleópteros sean más o menos numero-

sos que los lepidópteros? ¿En que nos sentiríamos ofendidos o cuestionados si la estrella más cercana a la tierra dista 4 o 4,2 años luz? Las cosas ocurren de manera muy diferente cuando se trata de decir que hemos estado enamorados de nuestros padres cuando éramos niños, que nos habita el sadismo tanto como el amor o que nuestro cerebro funciona o no como una computadora. Las reacciones emocionales que se siguen de las teorías psicológicas son mucho más intensas que las de cualquier otra disciplina porque tocan puntos fundamentales de la identidad que creemos tener de nosotros mismos. La subjetividad de los que intervienen en cualquier debate psicológico interfiere permanentemente con el deseo que se tiene, por otro lado, de ser lo más objetivos posibles y de lograr el consenso.

Pero volvamos a nuestra pregunta ¿Qué constituye lo propio del ser humano? No se responde a ella como se responde a las otras cosas que cuestiona la ciencia. Cada respuesta de cada escuela ofrece una imagen diferente frente a la cual adoptamos dos actitudes igualmente ineludibles: por un lado la científica, que consiste en decir cuánto de verdad y de falsedad hay en la imagen en cuestión; por el otro la subjetiva, que nos empuja a decir cuánto la amamos o la odiamos, cuanto satisface aquello que pensamos de nosotros mismos y cuando hiere nuestro orgullo de humanos. Por desgracia, la mayoría de las veces las encontramos mezcladas en proporciones

diversas como en una solución química que fuera imposible de revertir.

Como intentaremos mostrar en las páginas siguientes, lo interesante de esta encrucijada es que todas las posiciones tienen algo de razón y todas están, al mismo tiempo, un poco equivocadas.

### *Historia cognitivismo: la construcción de la máquina*

El cognitivismo existe desde los años '50 aunque no tuvo sino hasta hace relativamente muy poco tiempo, ninguna difusión parecida a la de que gozó el psicoanálisis. Sus universos de entrada fueron muy distintos. El cognitivismo no nació a partir de la clínica y es por eso que no fue popular en un principio. Es la tarea clínica la que posibilita una cierta inserción social porque está relacionada con la salud, con una práctica profesional y con un interés general. En lugar del interés clínico, el cognitivismo surge gracias a la iniciativa de un grupo de intelectuales de diferentes disciplinas deseosos de profundizar en el enigma del funcionamiento cerebral. Es, por un lado, la aplicación de nuevos paradigmas tecnológicos relacionados con los avances del cálculo electrónico a partir de los años '50 y, por el otro, un entrecruzamiento de perspectivas heterogéneas en un esfuerzo multidisciplinario sin precedentes. Lejos de la clínica freudiana, el cognitivismo nació y se desarrolló sobre todo en un medio académico.

La psicología cognitiva pone al ordenador en el lugar del modelo y sostiene, desde su misma fundación, que la mente humana no es más que un ordenador vivo, orgánico, cuyo funcionamiento vendría a ser una imitación fiel del de la máquina

[el cognitivista] cree que el ordenador es de una importancia crítica para comprender la mente humana. No solamente los ordenadores son indispensables en las investigaciones de cualquier tipo, sino que, y esto es todavía más crucial, el ordenador es también el modelo más viable del funcionamiento de la mente humana (Gardner, 1993, p. 18).

No hay que caer en el error de creer que el ordenador aparece aquí como una imagen retórica: se trata de una toma de posición fuerte, de primer grado, muy real, de una decisión epistemológica que recorta a su objeto gracias a convertirlo en algo diferente del experimentador: en una máquina. Es gracias a esto que la mente se vuelve objeto, y que la metodología puede pretender la objetividad.

Aunque es difícil situar con precisión el nacimiento de un movimiento intelectual se puede tomar a las famosas Conferencias Macy, como un buen punto de partida. Estas tuvieron lugar entre 1942 y 1953 en Nueva York y reunieron a personajes importantes de varias disciplinas, como la matemática, la lógica, la antropología, la psicología y la econo-

mía. El tema convocante era justamente la invención de una máquina de la que se esperaba que nos informara sobre el funcionamiento mental: la *máquina de Turing*. Así, generalmente se considera a las conferencias como la primera piedra de la cibernética, pero en realidad la intención inicial de la convocatoria era discutir la posibilidad de una teoría general de la mente.

Y esta posibilidad surge gracias a una suerte de teoría de los dos demonios. El primero de ellos, el que se sentaba a su derecha, era el conductismo de Watson que, inspirado en la fisiología del reflejo condicional de Pavlov, había creado ya una precaria máquina en la que solo había comportamientos, estímulos y respuestas. Todo lo que hubiera entre la entrada y la salida del sistema era considerado una caja negra, no como la de los aviones, que contienen todos los datos fundamentales del vuelo sino como la de los magos, esas en las que nunca se puede estar seguro de lo que pasa dentro. Lo subjetivo es un terreno fangoso y la ciencia no puede dejarse arrastrar por ese lodo. Así que Watson lo excluyó. Su metodología científica era impecable, pero la imagen del hombre que aparecía al final de su cadena de montaje conceptual dejaba mucho que desear. Ese fue el primer demonio de los cognitivistas: abrir la caja negra, iluminar la oscuridad de lo subjetivo con las luces de la ciencia. Una gran crisis institucional parecida a las que los psicoanalistas tuvimos muchas veces se produjo enton-



ces: la mitad del movimiento siguió creyendo en la caja mientras que la otra se separó y fundó una ciencia nueva a partir de Macy.

El segundo de los demonios, sentado esta vez a su izquierda, era el psicoanálisis. Como si fuera el negativo de comportamentalismo, el psicoanálisis no solo había entrado en la caja sino que había nacido prácticamente dentro de ella. Pero, no habiendo salido de la universidad, sus métodos científicos dejaban más aún que desear que la caricatura del hombre de la psicología de Watson.

De un lado había pues la ciencia sin el sujeto, del otro, el sujeto sin la ciencia. El cognitivismo nace para forjarse un lugar entre medio de los dos. El historiador neurocientífico Howard Gardner lo describe así: “Era difícil situarse sobre un terreno científico de estudio de los procesos del pensamiento humano, entre, por un lado, el credo del “puro y duro” establishment behaviorista y por el otro la aptitud desenfrenada para conjeturar de los freudianos” (Gardner, 1993, p. 28).

Suele citarse como fuente de la ciencia cognitiva a un célebre escrito de Noam Chomsky ridiculizando del behaviorismo clásico representado en esa época por Skinner, en el que, con cierto humor, el lingüista americano da un ejemplo clásico de este problema: si fuera verdad que el lenguaje y la representación psíquica dependen solamente de los *inputs*, de los condicionamientos, entonces el requisito para que una per-

sona comprenda correctamente la frase “la bolsa o la vida” sería que hubiera sido primero asesinada alguna vez! Esta explicación por el absurdo busca mostrar hasta qué punto la psicología de Skinner dejaba de lado toda posibilidad de comprensión de lo humano.

Por supuesto la cibernética, la informática y el impresionante desarrollo tecnológico de los ordenadores jugaron un papel muy especial en el exponencial desarrollo de las incipientes teorías cognitivas de la postguerra. Durante más de cuarenta años, el éxito del modelo de la mente-ordenador fue tan espectacular como el del ordenador verdadero. Apenas comenzada la gran misa de Macy, los dos monstruos cognitivos que fueron McCulloch y Pitts (1943) propusieron lo que se dio en llamar la *Neurona formal*: un modelo matemático que se suponía análogo al funcionamiento del cerebro y con el que se podía construir un programa de ordenador. Luego, cuando se produce el genial descubrimiento devenido banal en nuestros días de que la lógica de las proposiciones booleanas era materializable por circuitos electrónicos que retuvieran unos y ceros, la impresión de que el cerebro no es sino una máquina más se hizo imparable.

Además de la enorme influencia de las tesis de Turing, en las conferencias de Macy también sirvió como influencia la escuela española con los avances de Ramón y Cajal y de Lorente de No' (este último jugará un rol importante en el desarrollo de la cibernética) ya que ellas

habían contribuido a acreditar la tesis de que el sistema nervioso central es asimilable a una red de comunicaciones entre neuronas.

Con cada año que transcurre el modelo del cerebro-ordenador se consolida y sus ramificaciones se suceden unas a otras. Ese pequeño grupo fundador se convierte rápidamente en un gran movimiento intelectual internacional en donde ya no todos están de acuerdo con todos y donde las corrientes internas aparecen y se multiplican. Las máquinas reales son cada vez más potentes y los programas cada vez más sofisticados. Un innumerable número de experimentos se realizan y laboratorios de todo el mundo publican cientos de *papers* en donde se muestra cada vez con más precisión la relación entre funciones psíquicas, estructura y fisiología cerebral.

La mente, como el cerebro, es pues una máquina, un ordenador. El único problema es que las máquinas funcionan todas iguales mientras que la mente produce subjetividad. Para la máquina la misma causa produce siempre el mismo efecto mientras que para la mente no ocurre así. Se nos dice que un día, cuando la tecnología sea lo suficientemente potente, se logrará crear una máquina subjetiva, pero nada es menos evidente que eso. Es verdad que hemos abierto la caja negra, que hemos comprendido la manera cómo funcionan ciertas cosas (la memoria, por ejemplo) pero seguimos teniendo una visión fragmentada del ser humano, dividida y subdividida en fun-

ciones cada vez más pequeñas que se alejan cada vez más de la síntesis global. La subjetividad no aparece por ningún lado dentro de la máquina. El ordenador, con sus pulcros cálculos electrónicos, su lógica booleana, sus ceros y sus unos no parece una estructura capaz de producir un día algo parecido a lo subjetivo. Y eso surge cada vez más como un problema. La ciencia cognitiva vence a uno de sus demonios, al psicoanálisis, volviendo científico el estudio de la mente, pero al hacer esto parece derrotado contra el otro porque, por más que haya logrado penetrar en la caja, no termina de apropiarse de la subjetividad.

Así es que en los últimos años las críticas al modelo del ordenador se hacen oír cada vez con mayor fuerza. Por ejemplo, dos premios nobeles de medicina Eric Kandel y Gerard Edelman (2008), ambos estadounidenses, ambos considerados eminencias en el mundo de la neurociencia, realizan en los últimos años fuertes críticas al modelo cognitivista de la mente-máquina-ordenador. El segundo de ellos dedica su famoso libro *Biología de la consciencia* (2008), a Darwin y a Freud y, aunque ambos tienen una actitud crítica con el modo como el psicoanálisis se organizó institucionalmente y se aisló del mundo científico, rescatan sin embargo los fundamentos freudianos como la mejor forma de acceder a lo que realmente constituye el psiquismo

Es lamentable que el psicoanálisis no haya desarrollado métodos objetivos

para testear sus excitantes hipótesis –dice Kandel– y que como resultado de ello entre en el siglo XXI en un claro declive de su influencia. Pero si es lamentable es porque, justamente, el psicoanálisis representa a pesar todo y todavía hoy, la visión de la mente más coherente y más satisfactoria intelectualmente (Kandel, 2002, p. 41).

Para Gerard Edelman (2008) el modelo según el cual el cerebro es como un ordenador biológico que realiza cálculos con las reglas de la sintaxis es una reducción tan grosera e inexacta que no es capaz de describir nada que concuerde con la realidad. Ni la estructura ni el funcionamiento del cerebro se parecen a un ordenador. Todas las evidencias científicas muestran que los seres humanos y los animales clasifican los objetos y los hechos del mundo de una manera que no tiene nada que ver con la operativa de un ordenador porque no está basada en la lógica ni en el cálculo.

Como si esto fuera poco, Edelman (2008) agrega una fuerte crítica de fondo desde el punto de vista epistemológico: los cognitivistas confunden la potencia formal de la física con la presunción según la cual las ideas extraídas de esta servirían para comprender los sistemas biológicos que, en cambio, han sufrido una evolución histórica. Su conclusión no deja lugar a dudas: “Sostengo que la estructura sobre la que se basa el programa cognitivista es incoherente y

desmentida por los hechos” (Edelman, 2008, p. 29). En el lapidario postfacio de su libro, Edelman señala tres series de errores en los que, a su juicio, incurren los cognitivistas: El primero es creer que los problemas planteados por la consciencia se solucionarán cuando se resuelvan ciertos dilemas físicos. El segundo es la suposición de que la inteligencia artificial y la informática son modelos válidos para encontrar esas respuestas. Y el tercero, que es el más fuerte de los tres, es la confianza funcionalista que piensa ingenuamente que es suficiente estudiar los comportamientos, las performances y la actitudes mentales sin ocuparse para nada de la estructura biológica subyacente.

Incluso Fodor (2000), quizá el representante más eminente del funcionalismo que puso al modelo del ordenador en primer plano durante los años '60 y '70, se muestra poco convencido últimamente de las virtudes de este modelo para explicar los fenómenos mentales globales. Si para los fenómenos mentales locales el modelo computacional parece funcionar muy bien, para los globales la cosa no parece tan simple. En un libro llamado *La mente no funciona así* (2002), se muestra más que pesimista al respecto

Lo que descubrimos, respecto al conocimiento global es, en la mayoría de los casos, algo diferente ([del conocimiento local]NdA...) y que, por eso mismo, tenemos un profundo

desconocimiento del mismo. Y como entre los procesos mentales afectados de ese modo por la globalidad se cuentan, al parecer, algunos de los más característicos del conocimiento humano, no me siento inclinado, en definitiva, a ponderar cuánto hemos aprendido hasta el momento sobre cómo funcionan nuestras mentes. El balance final será que la actual situación en la ciencia cognitiva se halla a años luz de ser satisfactoria (pp. 6-7).

Además, como dice Gerard Pommier (2010) es por lo menos dudoso que se pueda encontrar al sujeto en las entrañas del cerebro: La contracción de un músculo puede explicar un movimiento, pero la intención de ese movimiento no se encuentra examinando el músculo. No se encuentra la causa de lo que activa un aparato dentro del aparato mismo. El piloto es el sujeto y el sujeto no vive dentro del cerebro. Por eso la subjetividad parece escurrirse una y otra vez al modelo computacional. La determinación última, subjetiva, está separada del organismo, se encuentra en otro lado

Llegará un día en que hasta el átomo más pequeño del cuerpo humano habrá sido analizado y que, una vez reconocidos y estudiados todos sus engranajes, sus moléculas y sus cables de transmisión, se ignorará aún donde se encuentra el centro de comando (p. 18).

¿Cómo situar el centro, el puente de mando, el piloto, en el cerebro? El cerebro dirige, claro, pero ¿Quién dirige al cerebro? ¿Un conjunto de neuronas? ¿Una hiper-glándula?

Las últimas palabras no han sido pues dichas aún, pero la relación entre máquina y subjetividad está muy lejos de ser evidente y probablemente terminará por ser revisada un día.

### *Historias del psicoanálisis: De la clínica al sujeto.*

El psicoanálisis, por su lado, es un movimiento extremadamente complejo y cuenta con mucho más que una historia. Cuenta por lo menos con tres.

La primera es la contada por Freud y sus discípulos, sobre todo Jones, la historia oficial que afirma que Freud fue el primero en descubrir el inconsciente, la sexualidad y el fantasma. Esta es una historia heroica y romántica al estilo de las grandes pasiones del siglo XIX.

La segunda es la que se desprende del movimiento francés, con las opiniones de Lacan, de Althusser y de Foucault. Esta es una historia revolucionaria, rupturista, en donde se nos ofrece a un Freud militante, político y comprometido que destruye con sus teorías a más de 20 siglos de tradición religiosa pero también cientista.

La tercera es la hermenéutica, que nace con los trabajos de Ricoeur (1965) y Habermas (1987) y culmina con la tita-

nesca obra revisionista de toda una vida de Henri Ellemberger (1970), que sitúa el descubrimiento del inconsciente como un largo y sinuoso camino que recorre toda la tradición cultural occidental partiendo de la filosofía, de la introspección, de los distintos tipos de psicoterapias y de la psiquiatría dinámica.

Cada una de estas historias segrega una epistemología de base diferente. De manera que solo de forma muy vaga se puede hablar hoy del psicoanálisis en singular. En realidad hay muchos psicoanálisis distintos y a veces tan distintos que sus miembros ya no pueden entenderse entre ellos. Nosotros tomaremos aquí las dos versiones psicoanalíticas más extendidas y mencionaremos a la hermenéutica solo por razones expositivas. Igual que con el cognitismo, cada uno de estos psicoanálisis ofrecerá una solución al asunto que nos ocupa, la subjetividad y la ciencia, pero, al mismo tiempo, creará también un nuevo problema.

### *La versión positivista*

La de Jones (1953) es la versión clásica que rescata el aspecto romántico del cientismo de Freud, alimentado por el deseo de posicionar al psicoanálisis dentro del conjunto de disciplinas científicas emancipadoras del sojuzgamiento religioso o filosófico con el que se enfrentaban. Es la versión positivista que se desarrolló sobre todo en los paí-

ses anglosajones y en aquellos otros en los que el psicoanálisis creció bajo la tutela de la medicina.

Freud escribe bajo el signo del gran debate sobre el método *-der Methodens-treit-* desarrollado en la última mitad del siglo XIX en Alemania y los países de su influencia. Se trataba de saber qué relación había entre las llamadas *Ciencias del Espíritu* y las de la *Naturaleza*. Para apreciar su amplitud baste recordar que en él intervinieron personalidades como Brentano, Dilthey, Droysen, Eucken, Ebbinghaus, Freud, Husserl, Stuart Mill, Windelband y Wundt, entre otros (Pinillos, 1987).

La discusión fue rápidamente estructurada por la gran distinción elaborada por Dilthey (Pinillos 1987) entre *explicar* y *comprender* (*Erklärung* y *Verständnis*). *Explicar* era lo que le correspondía al mundo natural y debía ser abarcado por las ciencias de la naturaleza, las *Naturwissenschaft*, y cuya consecución se perseguía gracias al estudio de la causalidad y a las leyes del mundo físico. La *comprensión*, por su parte corresponde a la intuición intelectual del espíritu, a lo que hoy llamamos la mente, un mundo interior propiamente humano y solo comprensible por los humanos.

Freud, evidentemente, optó por la primera opción y siempre vio al psicoanálisis como formando parte de las *Naturwissenschaft*: El psicoanálisis siempre fue, para Freud, una ciencia de la naturaleza.

Esta posición suya no siempre bien comprendida, deriva de un cierto tipo de

positivismo, nacido por oposición a las grandilocuentes posiciones hegelianas tan hegemónicas medio siglo antes que él naciera. Después de la desaparición del gran filósofo alemán, el mundo científico se revuelve en contra de sus principales doctrinas y adhiere a un fuerte *materialismo vulgar*, como se ha dado en llamar, para oponerlo al materialismo francés del siglo precedente, un materialismo vulgar del que Schopenhauer diría que no conoce otra cosa que tubos de ensayo, pilas galvánicas y patas de rana disecadas. Un positivismo pues, reactivo. Pero, por esta misma razón, muy diferente del que regirá cuando los lógicos entren en escena a mediados del siglo 20.

Pero es importante notar que este cientismo característico de su época no es idéntico al actual. Razón por la cual Freud podía sostener que practicaba una ciencia de la naturaleza aun cuando no contara con estudios cuantitativos, cuando no haya habido jamás un verdadero estudio de campo y cuando no testeara en laboratorio sus hipótesis, como hacemos hoy en día. Basta con ojear cualquier obra de cualquier sabio de su época para darse cuenta de que aquello no era la excepción sino la regla. Ni Havelock Ellis, ni Krafft-Ebing, ni Griesinger, por ejemplo, se servían de esas herramientas exclusivamente. En cambio la observación basada en la clínica y el relato del *caso único* eran entonces suficientes para obtener el ticket de entrada al docto club de la ciencia. Uno de los maes-

tros de Freud, el gran Charcot, no hizo en su vida otra cosa que relatar casos únicos que, la mayoría de las veces, se distinguen apenas de los de Freud. Esto explica además por qué este último no recibió nunca en su época quejas ni desaires sobre su cientificidad. Ese tipo de reclamos vienen a posteriori: Solo se le reprocha a Freud su falta de cientificidad cuando la cientificidad misma ha cambiado. La diferencia entre el positivismo de Freud y el nuestro es la que hay entre el positivismo materialista y el positivismo lógico.

La corporación médica, siendo tan científica como esta disciplina pueda llegar a serlo, se apropió del psicoanálisis en todo el mundo por lo menos durante sus primeros sesenta años de existencia. Si la medicina jugaba tal rol era también por el hecho de que se consideraba al psicoanálisis suficientemente científico.

Fue este positivismo biologicista de Freud el que llevó la batuta del concierto del psicoanálisis hasta 1953, año en que Jacques Lacan produce la mayor ruptura institucional de la historia justamente alrededor de este tema: su ponencia inaugural, el *Discurso de Roma* (1953) empieza por una referencia directa a este asunto, psicoanálisis y medicina, psicoanálisis y ciencia, psicoanálisis y neurobiología.

Freud era, pues, científico y, además, positivista. En Argentina hemos tenido a un gran representante de esta especie en extinción que son los que defienden este punto de vista freudiano: Gregorio

Klimovsky. Este reconocido epistemólogo luchó durante la segunda mitad de su vida por hacer del psicoanálisis una ciencia, en el sentido positivista lógico de esta palabra, al que adhería sin reservas.

Sostenía que el psicoanálisis tenía las mismas posibilidades de convertirse en una ciencia que cualquier otra disciplina que usara términos teóricos, no observables, como la química, y que era perfectamente posible y deseable que así fuera. Inventó ejemplos reduciendo el texto abierto de la asociación libre al restringido juego del sistema axiomático y convirtió en proposiciones falsas o verdaderas a las historias clínicas contadas por Freud. Se granjeó así la simpatía de todo un sector tradicional del psicoanálisis que, por herencia histórica, presentía con o sin razón que la medicina y la ciencia ocupaban los primeros puestos en la lista de las relaciones íntimas del psicoanálisis con otras disciplinas.

Pero, como para ser fieles a la ciencia hay que comenzar por acatar la lección de la realidad, hay que decir que, si Klimovsky hubiera tenido razón, los analistas no se habrían organizado como lo hicieron, alrededor de asociaciones privadas y fundadas en la transferencia y el diván, sino que hubieran seguramente creado laboratorios científicos en el ámbito universitario, como hacen los cognitivistas en los cuatro puntos cardinales, y sus herramientas principales serían, en cambio, el pizarrón y el pupitre. Si a lo largo de su primer siglo

de existencia el psicoanálisis estuvo lejos de esta configuración, si se situó lejos de tomar a ese estándar de ciencia como modelo de discurso dominante, será seguramente por alguna razón. El psicoanálisis-ficción de Klimovsky, con todo lo positivo que puede sugerir en su voluntad de arrimar esta disciplina a la ciencia, no se corrobora como práctica en ninguna circunstancia ni en ningún lugar del mundo y, por lo demás, deja lo más importante de la experiencia analítica de lado.

Klimovsky (2004) explicaba esta contrariedad sociológicamente, por una especie de testarudez o ceguera de la que padecería comunidad analítica en su conjunto. Pero lo cierto es que corroborar o refutar hipótesis en la transferencia es poco menos que imposible. La posición analítica, en la clínica, se parece mucho más a la del artista que a la del científico y, como el músico, en general debe olvidar la teoría y el solfeo para poder interpretar correctamente lo que está tocando y producir así un efecto emocional en su público. Entre el aula y el consultorio hay tanta diferencia como entre una clase de piano y un concierto, entre un taller de literatura y la lectura de un libro, o entre la definición del amor leída en algún diccionario para usarla en un debate y la certera mordedura del enamoramiento verdadero: ni se viven, ni se comprenden ni se transmiten de la misma manera. Y no por eso dejan de ser un saber, pero, el saber sobre el amor, si es que existe uno, es mucho más proble-



mático que la resolución de un teorema proposicional.

La versión positivista del psicoanálisis no deja de ser, desde hace más de un siglo, un proyecto lejano. Se intuye, se desea, se busca, se proclama, pero, igual que ocurre con el horizonte, aunque algunas veces se vea cercano y de manera clara, no se llega jamás a alcanzar y es más bien un espejismo que una aspiración sincera: por su estructura misma, la teoría psicoanalítica no podrá nunca producir la prueba que la ciencia solicita. Por lo menos no de la manera como se le pide hoy en día que lo haga. Pensemos solamente en lo que en principio se llamaba la *sobredeterminación*, el hecho de que un símbolo de un sueño pueda tener múltiples sentidos, el que un fenómeno y su negación puedan producir idénticos resultados, el hecho, por ejemplo, de que una madre ausente y otra invasiva puedan tener un rol parecido en la génesis de una toxicomanía. Todo eso vuelve bastante ilusorio el cerrar filas frente a hipótesis clínicas definitivas en el marco de un laboratorio.

### *La versión hermenéutica*

Por su parte, el relato fundador de Ellenberger en su famoso libro *The discovery of the unconscious* (1970) se inscribe en una larga tradición historiográfica que recentra prácticas y teorías alrededor de la cultura de la sociedad que las promueve y que pertenece, por ello,

a un cierto historicismo. Fue el primer trabajo de una larga serie que vería en el psicoanálisis la expresión moderna de una práctica antigua y que definiría a los procesos de modernización como una suerte de reciclaje, de acción cosmética y de *aggiornamento* cultural allí donde otros encuentran novedades inéditas. La de Ellenberger es una historia continuista, en relación a la historia rupturista de la época francesa que abordaremos en un momento.

Fueron justamente las dificultades del psicoanálisis positivista con el método científico que acabamos de evocar lo que motivó una segunda versión epistemológica del psicoanálisis que pretende hacer de este, no una ciencia natural, sino una hermenéutica.

Esta versión es la que tuvo menos quórum de todas y por ello no haremos aquí mucho más que nombrarla: prácticamente ningún analista, salvo algún adepto al jungismo, subscribió a ella. Históricamente, viene de la adopción de la tesis contraria, en el debate citado más arriba, sobre las polaridades de Dilthey (Pinillos, 1987): el psicoanálisis no sería una *ciencia de la naturaleza* sino una *ciencia de la interpretación*, del mismo tipo que la historia.

Para la versión hermenéutica el psicoanálisis es un caso extremo (por no ser social sino individual) de la investigación histórica y sufre de los mismos avatares que esta última disciplina frente a los cimbronazos de la cientificidad: “el psicoanálisis no es una ciencia de obser-



vación sino una interpretación, mucho más similar a la historia que a la psicología” (Ricoeur, 1965, p. 338).

Los máximos representantes de esta posición son Paul Ricoeur en Francia y Jürgen Habermas en Alemania, pero nunca se consolidó más allá de unos pocos debates puntuales en foros intelectuales. Nadie retomó esta llama que quizá sea, sin embargo, más potente de lo que parece.

Para los hermenéuticos el psicoanálisis no trata con causas y con efectos sino con interpretaciones, con textos posibles. Habermas da un ejemplo muy elocuente: la represión de una tendencia es la causa de un síntoma pero, cuando el trabajo analítico consigue levantar la represión, la tendencia, a pesar de seguir estando presente, no funciona más como causalidad. Para una persona diferente, la misma tendencia instintiva no producirá absolutamente nada parecido.

La gran ventaja de la posición hermenéutica es que proporciona las herramientas más potentes de comprensión de la singularidad, frente a las dos tendencias citadas más arriba (cognitivismo y versión positivista del psicoanálisis) cuyas fuentes epistemológicas tienden hacia lo universal. La singularidad es lo que está más cerca de la subjetividad y esta es una gran ventaja de los hermenéuticos que, a nuestro parecer, no ha sido nunca bien explotada.

La hermenéutica propone una versión más humana de la ciencia con un criterio de demarcación un poco más

laxo que el del Círculo de Viena y que da cabida a disciplinas que no pueden proveer pruebas a la manera de las ciencias duras y, en este sentido, también representa una apertura importante para el psicoanálisis.

Sin embargo, los problemas que presenta –además del hecho ya mencionado de que pocos analistas han adherido a ella– es que, siendo indecidibles, las diferentes interpretaciones tienden a multiplicarse desordenadamente alejándose cada vez más del consenso necesario para hablar de conocimiento científico y, cuando este se logra, no puede ser gracias a ninguna prueba sino a otro tipo de procedimientos que van desde la sugestión al autoritarismo ideológico, como ha pasado muchas veces dentro del psicoanálisis.

### *La versión estructural*

La tercera epistemología psicoanalítica es la estructural y se identifica con la Francia de la post-guerra con fuertes tendencias socialistas que apoyaban su identidad en la lucha contra el imperialismo americano, contra la sociedad de consumo y contra toda forma de opresión ideológica, política y racial después de haber sufrido el experimento nazi.

Es una crítica de la racionalidad científica, una puesta en relieve del trasfondo subjetivo que tiene todo conocimiento, aun después de haber sido depurado por la ciencia. Lacan sostuvo esta

posición desde el comienzo mismo de su enseñanza, por ejemplo desde “La subversión del sujeto freudiano” (1966) que consiste en poner en primer plano la *Spaltung*, la división del sujeto en manos del inconsciente: “El verdadero centro del ser humano no está más en el mismo lugar que le asignaba toda una tradición humanista” (p. 225).

Si bien toda la obra de Lacan puede ser leída como una posición epistemológica de fondo que pone a trabajar la relación entre el psicoanálisis y la ciencia, la modelización más acabada de esta posición posiblemente se encuentre en lo que fue la tesis del comentador de Lacan, Joël Dor (1988), especialista en epistemología del psicoanálisis y, al mismo tiempo y eso es cosa rara, buen conocedor de lo que se llama la *filosofía analítica*, base del positivismo lógico del círculo de Viena.

Dor (1988) parte de la base de que el psicoanálisis se encuentra desde su misma fundación en una situación epistémica paradójica. Por un lado se funda en la escisión del sujeto que da lugar al inconsciente freudiano, en la *Spaltung*, en la división inaugural. Por el otro la ciencia está soportada justamente por la expulsión de ese mismo sujeto.

Por definición la ciencia excluye lo subjetivo para, justamente, volverse objetiva. Esta situación paradójica original es lo que lleva el título de la tesis de Dor que se podría traducir como “*la paradójica fundadora*” (1988). Lo que le da más valor al trabajo de Dor es

que no se detiene allí, sino que este es su punto de partida. En una notable argumentación en la que deja ver su inmensa cultura en historia de la ciencia y particularmente de la matemática, Dor descubre esta misma situación paradójica en el corazón de la fundación de esa ciencia exacta.

Por ejemplo Zénon (Dor, 1988) demuestra que la posibilidad de dividir infinitamente lo continuo conduce a una contradicción. Cualquier tipo de sustancia extensa puede dividirse matemáticamente de manera indefinida produciendo trozos cada vez más pequeños de ella misma. Como esta situación lleva a una paradoja, en el siglo V se propuso la hipótesis de los llamados indivisibles. Se suponía que si se llegaba lo suficientemente lejos en la división de lo continuo, entonces se terminaría en unas partículas que serían indivisibles, algo así como el antepasado de nuestros modernos átomos. De esta teoría, puramente especulativa, se extrae la idea del sentido común que dice que una línea no es más que una sucesión de puntos, una superficie una sucesión de líneas y un volumen una sucesión de superficies.

Pero Zenon demuestra que esta estrategia para restituir la unidad entre lo continuo y el número lleva también a contradicción. Los indivisibles no pueden existir. La demostración es en realidad bastante simple: supongamos una dimensión continua, como por ejemplo una línea y apliquémosle una división dicotómica. Como nada limita

la división sucesiva de cada una de las partes que esta produce, si los indivisibles existieran tendrían que encontrarse al final de una cadena más allá de toda dimensión. Ahora bien, lo que está más allá de toda dimensión, lo que no tiene ninguna dimensión, por más que se agregue infinitamente a si mismo nunca podría producir la dimensión. Decir pues, que lo continuo esté formado por partes indivisibles significaría negarle toda dimensión. Por otro lado si, al contrario, aceptáramos que las partes indivisibles existen, como estas son al mismo tiempo infinitas y tienen una cierta dimensión, por más pequeña que sea la suma de infinitas partes siempre conduce al infinito, de manera que esto significaría concluir que toda materia extensa es infinita (Dor, 1988). Curiosamente, esta noción de los indivisibles siguió vigente durante más de 20 siglos en la matemática, incluso cuando todos sabían que conducía inexorablemente a una contradicción.

Esta enojosa situación queda todavía más al descubierto con las famosas paradojas de Zénon (Dor, 1988) sobre el movimiento: el movimiento mismo, sobre una distancia finita sería imposible dado que para recorrerla habría que pasar por infinitas posiciones intermedias entre el punto A y el B y, como para recorrer infinitos puntos hace falta infinito tiempo, transponer la línea de llegada se vuelve imposible. Por supuesto se trata siempre de contradicciones lógicas, no fácticas, que demuestran que la

matemática de las dimensiones incurre en contradicción.

Fue el matemático francés Augustin-Louis Cauchy (Dor, 1988) quien resolvería el problema de las series infinitas y del cruce del límite justamente mediante el procedimiento de la *paradojalidad fundadora* como la llama Dor. En lugar de plantearse el problema desde el punto de vista geométrico que Dor asimila al imaginario, Cauchy convierte la imposibilidad matemática de la serie en un postulado para determinar su convergencia.

La conclusión es que el problema del psicoanálisis que originó toda esta larga argumentación, la *paradojalidad fundadora*, no es para nada un caso único. Al contrario, Dor concluye que es preciso pagar un precio para construir una ciencia y que ese precio es la integración de una falta en su red de operaciones discursivas. Solo integrando esa falta es posible una nueva intelección. Está en la misma definición de la ciencia el hecho de no poder explicarlo todo, el tener que aceptar que algo se le escapará y solo mediante esa aceptación se pueden producir los axiomas que la construirán.

La ciencia, piensa Dor (1988), siempre lleva adherido un componente subjetivo. En otras palabras, como actividad humana, es siempre un argumento contra otro argumento. Las pruebas y las experimentaciones no son más que recursos que tiene un abogado para armar su alegato frente a un tribunal, entre tantos otros. Y los argumentos por definición no tienen límites ni un destino final en

donde acabar. Siempre vendrá otro que nos parecerá más exacto. Esto sintetiza bastante bien lo que se observa en la historia de la ciencia como un largo camino de certezas reducidas a cenizas en un más o menos corto período de tiempo.

La irreprochable argumentación de la versión francesa del psicoanálisis tiene, sin embargo, una limitación importante: por más certera que parezca nunca podrá salir de ella un conocimiento positivo. Según sus propias palabras no es más que otro argumento cuya negación es igualmente válida. Por ende no se encuentra dentro del plano científico sino de la intuición epistemológica, del mismo estilo que el falsacionismo: como le dijo Lakatos a Popper ¿Cómo se falsea el falsacionismo? ¿Cuál es el contraejemplo que define las condiciones de refutación de esa teoría? La tesis central del sujeto dividido tampoco es capaz de pasar la prueba de responder a esta pregunta.

## Conclusiones

### *Mente, cerebro, subjetividad y máquina*

La epistemología y la historia de nuestra disciplina parecen mostrar que la psicología se define por su distancia relativa de la subjetividad, para cada momento de su desarrollo: cuanto más alejada de esta última se encuentra tanto más científica se vuelve, pero también se convierte en más irreal, más fraccionada

y menos singular. Al contrario, cuanto más próxima de la subjetividad se halle, tanto más científicidad perderá, pero, en cambio, más cercana a su objeto estará.

Las teorías psicológicas oscilan permanentemente entre estos dos extremos y se encuentran siempre en algún punto intermedio que, como compromiso que es, nunca llegará a ser un lugar demasiado cómodo. Es esta incomodidad lo que sirve como motor a los cambios permanentes, las revoluciones científicas y la aparición de nuevas corrientes que reclaman una y otra vez una vuelta a las fuentes.

No es difícil adivinar que esta querrela instalada entre un sector del psicoanálisis y otro del cognitivismo no es nueva. Es la versión moderna del antiguo problema del dualismo o del monismo mental que la filosofía viene discutiendo desde el principio mismo del pensamiento humano. El dualismo cartesiano no se define solamente como la oposición entre cuerpo y alma sino también como aquella que enfrenta a la máquina con la mente. Para el gran filósofo francés el cuerpo humano así como los animales funcionaban como máquinas, y se oponían, en su mecanicismo, al laberinto de espejos subjetivos de la mente. Esta oposición es la que pretende superar el monismo materialista neurocientífico así como, al menos bajo la honrosa forma de una promesa que no se puede cumplir, las aspiraciones de Freud y de la primera camada de analistas.

Pero el problema mente-cuerpo no

admite soluciones fáciles y es reactivo a los reduccionismos. Los dos extremos crean implicaciones causales circulares entre ellos volviéndose rápidamente paradójales y conduciendo a callejones sin salida.

Edgard Morin (1992) propone un modelo muy interesante sobre la *propiedad recursiva* con la que cuentan los organismos vivos. La *propiedad recursiva* es la capacidad que tienen algunos efectos de ser, al mismo tiempo, causa de aquello que los provoca. Encontramos un maravilloso ejemplo de ello en la vieja dicotomía entre especie e individuo: es la primera lo que genera al segundo pero, al mismo tiempo, no puede existir esta sin aquel. Entre especie e individuo ocurre lo mismo que entre mente y cerebro.

Por un lado, tenemos la convicción de que el cerebro no puede ser estudiado sino hay una mente para ocuparse de él. Pero, por el otro, también sabemos que sin cerebro no hay mente que pueda existir. De aquí viene la idea tan fuerte de que esta última tiene que ser un emergente del cerebro, que es de lo que se ocupa el funcionalismo. Pero cuando estudiamos las implicaciones mutuas vemos que tanto el cerebro, lo que ocurre con él a nivel material, puede modificar la mente como, al revés, las cosas que ocurran en esta última pueden modificar la estructura de aquel. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en las investigaciones sobre la memoria de Erik Kandel (2002): cada recuerdo se constituye

mediante una modificación neurobiológica material en el cerebro. De la misma manera que no hay dos personalidades iguales, dice el premio Nobel, tampoco hay dos cerebros idénticos.

De modo que si la mente es una propiedad emergente, para volver a Morin (1992), esta no es un simple producto del cerebro porque es al mismo tiempo productor de este. Ambos son producto y productor del otro

No pueden ustedes reducir todo al cerebro: esta realidad no reenvía solamente a millares de neuronas, a millares de millares de interacciones sinápticas, sino también, a su turno, a procesos químico-eléctricos, ellos mismos al fin y al cabo procesos micro-físicos, intercambios de electrones, momentos particulares. Y además las partículas ¿Qué son? Se dice ahora que son cuerdas, no se sabe muy bien, por debajo de ellas ya no se sabe nada. De donde salen pues esas partículas? Se nos dice que de un big-bang pero antes es la nada. Una reducción de una reducción nunca llega a ningún lado (p. 57).

El pensamiento reduccionista (que Morin opone al pensamiento complejo) destruye su propio objeto. Lo mismo ocurre con la reducción espiritualista. El sujeto, para Morin, no es solamente el hombre sino la vida misma: una bacteria no puede dejar de computar, su medio externo y su medio interno para vivir,

cada cómputo es un latido de vida. Pero este no es un cómputo como el de un ordenador, que se ejecuta con un programa que nosotros le hemos previamente introducido, es un cómputo en primera persona, es el yo. La imagen de la bacteria sugiere que el sujeto está ya presente al principio mismo de la vida: “se puede decir que el sujeto es una cualidad biológica propia al individuo vivo” (Morin, 1992, p. 68). Para la ciencia tradicional el sujeto es *the noise*, el ruido, aquello que hay que eliminar. Para la ciencia está el cerebro, y podemos a partir de allí, creer que el sujeto es una ilusión, una ilusión subjetiva. Pero si hay ilusión subjetiva, entonces habrá en algún lado un sujeto para que esta ilusión pueda tener lugar. Esta es la paradoja de la ciencia psicológica.

Edelmán (2008) lo expresaba con una bella fórmula robada a James Clerk Maxwell: “Las únicas leyes de la materia son aquellas que nuestras mentes pueden fabricar, y las únicas leyes de la mente son fabricadas para ella, por la materia” (p. 31).

No hay manera de saber lo que pasará en el futuro pero quizá un día, si en lugar de combatir permanentemente a un enemigo que no podremos jamás vencer nos aliáramos con él, podremos a lo mejor servirnos de lo que hoy desechamos, como uno de los ladrillos que construyen nuestro edificio. Pero, por desgracia, no parece que ese día esté aún muy próximo a nosotros.

## Bibliografía

- Couvreux, C. (1997). *Psychanalyse, neurosciences, cognitivisme*. Paris, Francia: PUF.
- Dor, J. (1988). *L'a-scientificité de la psychanalyse I. L'aliénation de la psychanalyse*. Paris, Francia : Editions Universitaires.
- Dor, J. (1988). *L'A-Scientificité de la psychanalyse. 2 La paradoxalité instauratrice*. Paris, Francia: Editions Universitaires.
- Dupuy, J. P. (2005). *Aux origines des sciences cognitives*. Paris, Francia: La découverte.
- Edelman, G. (1989). *The Remembered Present: A Biological Theory of Consciousness*. New York, EE.UU.: Basic Books.
- Ellenberger, H. F. (1970). *Histoire de la découverte de l'inconscient*. Paris, Francia: Fayard.
- Fodor, J. (2000). *La mente no funciona así*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Gardner, H. (1993). *Histoire de la révolution cognitive*. Paris, Francia: Payot.
- Green, A. (1996). Cognitivism, neurosciences, psychanalyse : un dialogue difficile. En A. Oppenheimer & R. Perron (Eds.) *Psychanalyse, neurosciences, cognitivisme*, (pp. 61-70). Paris, Francia: PUF.
- Green, A. (1996). Philosophie de l'esprit et psychanalyse. En A. Oppenheimer & R. Perron (Eds.) *Psychanalyse, neurosciences, cognitivisme* (pp. 13-25). Paris, Francia: Odile Jacob.
- Habermas, J. (1968). *La technique et la science comme "idéologie"*. Paris, Francia: Gallimard.
- Habermas, J. (1987). *Logique des sciences sociales et autres essais*. Paris, Francia: PUF.
- Jones, E. (1953) *Vida y Obra de Sigmund*

- Freud Vol. I 1856-1900. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kandel, E. (2002). La biologie et le futur de la psychanalyse: un nouveau cadre conceptuel de travail pour une psychiatrie revisitée. *Evolution Psychiatrique*, 67 (1), 40-82.
- Klimovsky, G. (1973). Acerca del carácter científico del psicoanálisis. *Revista de psicoanálisis (XLIV)* 87, 887-897.
- Klimovsky, G. (2004). *Epistemología y psicoanálisis I. Problemas de epistemología*. Buenos Aires, Argentina: Biebel.
- Klimovsky, G. (2004). *Epistemología y psicoanálisis II*. Buenos Aires, Francia: Biebel.
- Khun, T. S. (2004). La Estructura de las Revoluciones Científicas. EE.UU.: University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 1962).
- Lacan, J. (1966). *Écrits*. Paris, Francia: Seuil.
- Lacan, J. (2001). *Autres Écrits*. Paris, Francia: Seuil.
- Lakatos, I. (1984). *Preuves et Réfutations: essai sur la logique de la découverte mathématique*. Paris, Francia: Hermann.
- Maffi, C. (2004, junio). *Psychanalyse et cognitivisme*. Presentado en NHPSY, Hôpital de La Salpêtrière, Paris, Francia.
- Maffi, C. (2005). *Freud y lo simbólico: Crónica de un duelo imposible*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- McCulloch, W. S. & Pitts, W. H. (1943). A logical calculus of the ideas immanent in nervous activity. *Bulletin of Mathematical Biophysics*, 5, 115-133.
- Morin, E. (1992). La notion de sujet. En D. de Béchillon (Ed.) *Le cerveau: la machine-pensé* (pp. 55-71). Paris, Francia: L'Harmattan.
- Naccache, L. (2009). *Le nouvel inconscient: Freud, le Christophe Colomb des neurosciences*. Paris, Francia: Odile Jacob.
- Pinillos, J. L. (1987). Qué es psichistoria. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* 6, 243-255.
- Pommier, G. (2010). *Comment les neurosciences démontrent la psychanalyse*. Paris, Francia: Flammarion.
- Popper, K. (1963). *Conjectures et réfutations*. Paris, Francia: Payot.
- Ricoeur, P. (1965). *De l'interprétation, essai sur Freud*. Paris, Francia: Payot.
- Ricoeur, P. (2008). *Écrits et conférences: t. 1: autour de la psychanalyse*. Paris, Francia: Seuil.
- Roudinesco, E. (2010). *Mais pourquoi tant de haine?* Paris, Francia: Seuil.
- Stora, J. B. (2006). *La neuro-psychanalyse*. Paris, Francia: PUF.
- Widlöcher, D. (1999). Neurobiologie, cognitivisme et psychanalyse. En J. Cohen-Solal & B. Golse (Eds.) *Au début de la vie psychique: le développement du petit enfant* (pp. 189-202). Paris, Francia: Odile Jacob.